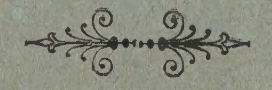
EL TEATRO.
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL
DOCTOR GOMEZ

JUGUETE CÓMICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO SOTO



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS, POZAS.—2—2.º

1893

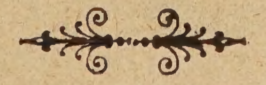
EL DOCTOR GOMEZ

JUGUETE CÓMICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO SOTO

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Martín, de Madrid, la noche del 13 de Febrero de 1892



CARTAGENA—1893

IMPRENTA DE LA GACETA MINERA

Puerta de Murcia—Pasaje Conesa

AL

popularísimo y distinguido actor

D. Ramón Rosell

Hace tiempo ofrecí á V. dedicarle esta humilde producción, y hoy tengo el gusto de cumplir mi palabra.

¿Desahuciará V. al doctor que pongo bajo sus cuidados?

Espera que no su affmo. amigo que de veras le aprecia

Ricardo Soto

PERSONAJES	ACTORES
AGUEDA	Sra. Antequera.
SOLEDAD	Sta. Catalán (E.)
FELIPE	Sr. Soto (J.)
LUCAS	» Ortiz.
FAUSTO	» Fernández (J.)

La acción en Madrid—Epoca actual

(Acotaciones del lado del actor)

ACTO UNICO

Sala elegantemente amueblada. Puerta al foro y laterales izquierda. A la derecha, primer término, balcón, velador con recado de escribir y una campanilla. En una silla un bastidor de bordar; consolas con candelabros, un reloj en una y una mantilla negra en la otra. Al levantarse el telón aparece Soledad junto al balcón, haciendo señas como si hablase con alguien de la calle.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD

Soledad — Schts... Schts... ¡Lucas! Espera un poco. Te voy á escribir unas letras. ¿Subír? ¡Qué disparate!... No estoy sola... ¡Ni aunque lo estuviera!... Aguarda un momento (Se acerca al velador y escribe) «Mañana iré á misa de diez á San Sebastián.» No faltes. (Entra Agueda silenciosamente y se coloca detrás de Soledad.)

ESCENA II

SOLEDAD, AGUEDA

Agueda — ¡Muy bien! (Apoderándose del papel que escribe Soledad.)

Soledad ¡Ay! (Sorprendida.)

Agueda (Leyendo el papel) Perfectamente. ¿Conque á misa de diez á San Sebastián?...

Sole. No me riña usted.

Ague. (Incomodada) ¡Mañana vamos á misa de doce á las Capuchinas!

Sole. (¡Para que habré escrito yò!)

Ague. ¿De manera que, en vez de estar bordando, te entretienes en esto? Y llegará tu tio Fausto de Buenos-Aires y nò tendrás concluido el pañuelo. ¿Por supuesto que este papelito iria dirigido, sin duda,á ese monigote que te hace el amor? Pero el tal sugeto, es pájaro de cuenta, y yo me encargo de espantarlo, haciendo que no le queden ganas de volar más por estos alrededores.

Sole. ¡Pobrecillo! El no le ha dado á usted motivos...

Ague. No, si los motivos pienso yó dárselos (Haciendo ademán de pegar).

Sole. Tenga usted en cuenta que él me quiere como es debido.

Ague. ¡Pues no quiero que te quiera ni *debido* ni *al contado*! ¡Aspirar á la hija del *doctor Gomez* un hombre que no tendrá sobre qué caerse muerto!

Sole. En eso se equivoca usted. Lucas está pròximo á cobrar una herencia de un pariente.

Ague. Si, herencias te dé Dios.

Sole. No lo dude usted, mamá. Y me ha prometido venir á pedir mi mano en cuanto se haga cargo del dinero.

Ague. ¿Pero tú crees esas majaderías?

Sole. Yo sí.

Ague. Pues yo nò.

Sole. Y, suponiendo que fuera cierto, ¿accederia usted á que se casase conmigo?

Ague. ¡Alto ahí, que tú te precipitas enseguida! Aún en el caso de que fuera verdad eso de la he-

rencia, que no lo creo, habria que pensarlo detenidamente. La dicha conyugal no depende solo del dinero. El esposo debe reunir otras condiciones: honradez, talento y, sobre todo, cabeza despejada, porque un hombre sin cabeza no sirve para marido.

Sole. ¿Y si mi novio reuniese esas condiciones?

Ague. ¡Qué inocente eres! Verdad que estás en la edad de las ilusiones.

Sole. Es que usted se empeña en verlo todo por el lado peor.

Ague. ¡Pero, criatura, ven acá y no seas tan ligera! Quiero pasar porque el tal sugeto sea lo que dices. No son suficientes las cualidades morales. ¿O es que á tí nada te importa el físico?

Sole. Despues de todo «el hombre y el oso..,»

Ague. Buena lògica. Eso mismo me decian à mì cuando me iba á casar, y, sin embargo, lo pensé muy bien antes. Y eso que, por aquél entonces, tu padre era un oso... bastante simpático. Pero, respecto á este punto, el hombre debe ser un término medio: ni feo como un oso, ni hermoso como la Venus de Milo.

Sole. Lucas no es mal parecido.

Ague. ¿Parecido á la Venus de Milo?

Sole. Quiero decir que no es antipático.

Ague. Bueno, bueno; de todos modos, en asuntos tan delicados hay que obrar con piés de plomo. Ya hablaremos cuando yo conozca á ese individuo

Sole. Nada más fácil, si quiere usted verlo.

Ague. ¿Dónde está?

Sole. Ahí enfrente (Señala hácia el balcón.)

Ague. Veamos (Acercándose.)

Sole. Mire usted: aquél que está parado.

Ague. ¡Qué impolítico! Se ha metido en el portal.

Sole. Se habrá asustado al verla á usted.

Ague. (Ofendida) ¡Pues yo no tengo cara para asustar á nadie!

Sole. Ya se asoma...

Ague. Pues mira... «Herrar ò quitar el banco» Dile que suba.

Sole. (Con estrañeza) ¿Qué suba?

Ague. Sí; así podré conocerlo personalmente ý ver si es digno de tí. Llámalo.

Sole. (Haciendo señas) Schts... Ven... No se atreve.

Ague. Angelito...

Sole. Mientras esté usted ahí, no se acerca.

Ague. Me retiro (Lo hace).

Sole. (Haciendo señas) Schts... Ya viene... ¡Lucas!... Aproxímate.

Ague. Dile que quiero hablar con él.

Sole. Ha dicho mamá que subas... Quiere hablar contigo... No tengas miedo... ¡Sí; lo ha dicho mamá...! ¡Vamos, hombre!... ¡Ya sube! ¡Qué gusto!

Ague. Bueno, bueno; no te alegres todavia, por si es demasiado pronto. Siéntate aquí. (Indicándole una silla á su derecha en la que se sienta Soledad. Suena una campanilla).

ESCENA III

DICHOS.—LUCAS

Lucas. (Desde el foro, con timidez) ¿Dan ustedes su permiso?

Ague. Adelante.

Lucas. (Avanzando muy despacio) (¡Tiemblo como un azogado!) (Saludando) Buenos días.

Ague. Muy buenos.

Sole. (Aparte á Lucas) ¡Nuestra felicidad depende de lo que hables con mamá!

Lucas. (¡Cascabeles!)

Ague. (Examinando á Lucas) (La presencia no es muy buena que digamos; en cambio, la fisonomía... deja bastante que desear).

Lucas. (¡Como me mira!)

Ague. Siéntese usted, jòven. (Le indica una silla.)
Lucas. (Sentándose) (No parece tan terrible.) Mil gracias. Con su permiso.
Ague. (Es fino.) ¿Deciamos?...
Lucas. Yo no he dicho nada.
Ague. Lo digo yo.
Lucas. Usted perdone.
Ague. No hay de qué. ¿Deciamos que usted quiere á Soledad?
Lucas. ¡Entrañablemente!
Ague. (Ya se va explicando.)
Lucas. La amo desde el dia que la ví en Recoletos, vestida con un precioso trage color verde primavera.
Ague. Hay colores que tiran. Y ¿dònde piensa usted terminar esas relaciones?
Lucas. No pienso terminarlas.
Ague. ¿Vá usted á hacerlas eternas?
Lucas. Yo deseo casarme, si ustedes no se oponen.
Ague. Según y cómo. ¿Con qué cuenta usted para casarse? Mi hija me ha hablado de una herencia imaginaria...
Lucas. No es imaginaria, ¡cascabeles! Es real y efectiva en breve.
Ague. Hable y veamos.
Lucas. Se lo esplicaré en dos palabras. Yo, hasta el dia, me he creido huérfano de toda clase de parientes, sin padre ni madre, ni perrito que me ladre.
Ague. ¿Y bien?...
Lucas. Que hoy me ha salido uno.
Ague. ¿Un perrito?
Lucas. Un pariente que yo desconocia y del cual soy heredero.
Ague. ¿Y ese pariente vive?
Lucas. En el otro barrio.
Ague. ¿En qué barrio?
Lucas. En el otro mundo. Muriò hace cincuenta años.

Ague. ¡Cincuenta años! ¿Y ahora se desayuna usted?

Lucas. No señora; ya me he desayunado.

Ague. (Me parece que este mocito es un pillo de siete suelas.) ¿Está usted seguro de que lo que dice es verdad?

Lucas. ¡Cascabeles! yo no miento.

Sole. Si; mamá, Lucas no miente.

Ague. Calla tu. ¿De modo que ese pariente?...

Lucas. Muriò, como he dicho, hace cincuenta años; y, cumpliendo su última voluntad, no se ha abierto el testamento hasta finalizar el medio siglo.

Ague. Algo inverosimil es eso... ¿Qué más?

Lucas. Que una vez abierto y leido, y hechas las necesarias tramitaciones, ha resultado que soy heredero del difunto.

Ague. ¿Unico heredero?

Lucas. Eso creo, puesto que se ha anunciado ya tres veces en *La Gaceta*, y no se ha presentado nadie. Hoy á las doce espira el plazo del tercer anuncio.

Ague. ¿Cuànto deja el muerto?

Lucas. Doce mil duros.

Ague. No es mucho.

Lucas. Con doce mil duros se pueden hacer muchas cosas

Ague. Ha dicho usted una verdad de Pero-Grullo.

Lucas. He querido decir que con las rentas del capital y lo que yo me busque, ya hay para vivir con desahogo.

Ague. Con una buena administraciòn...

Lucas. Eso lo dirá usted por su hija.

Ague. No, señor; lo digo por usted; mi hija se parece á mi en todo y por todo... y con esto está dicho todo. Ademas, aún no sabemos si se casará usted con ella.

Lucas. ¡Cómo! ¿Seria usted capaz de oponerse?

Ague. Ni me opongo ni dejo de oponerme; pero antes

hay que contar con el consentimiento de mi esposo. Entiéndase usted con él, y ya hablaremos luego nosotros.

Lucas. Pues bien; vendré à verlo. (Se levanta; Agueda y Soledad hacen lo mismo.) ¿Cuàndo suele estar en casa?

Ague. Cuando no sale.

Lucas. Pregunto à que horas.

Ague. Durante la consulta. De una à tres. Ya no debe tardar en llegar.

Lucas. Bueno; si le parece à usted bien, vendré esta misma tarde.

Sole. Si, si, no hay que perder tiempo.

Ague. (¡Pero que prisas les entran à estos chicos por casarse!)

Lucas. (A Soledad) Hoy se juega nuestra suerte. La dicha de los dos està en manos de tu padre.

Ague. (¡Pues en buenas manos està el pandero!)

Lucas. Señora... à los pies de usted.

Ague. Beso à usted la mano.

Sole. ¿Volveràs?

Lucas. Antes de una hora, y con la buena nueva de que entraré mañana en posesiòn de la herencia. Vaya si volveré. ¡Cascabelitos! Muy buenos dias. (Váse foro)

Ague. Vaya usted con Dios.

Sole. Hasta luego.

ESCENA IV.

AGUEDA, SOLEDAD

Ague. ¡Pobre jóven! Este es de los que tienen cara de tontos... y lo son.

Sole. Le juzga usted mal.

Ague. Ya veremos; el tiempo lo dirà. Por lo pronto, deja que hable con tu padre; que yo me encargo de averiguar su vida y milagros, y de po-

nerlo de patitas en la calle, si hay motivos para ello.

Sole. No los tendrà usted.

Ague. Calla niña; no dices mas que sandeces. Recuerda lo que dice el gran poeta: «todo es según el color del *ojo* con que se mira.»

Sole. Del cristal, mamà.

Ague. Bueno del cristal; lo mismo dà. ¡Pero que calma la mía! (Mirando al reloj) Las doce y veinte, y olvidaba que téngo que ir à casa de Matilde... Dàme la mantilla.

Sole. (Coge la mantilla, que estará sobre una de las consolas, y se la entrega) ¿Se marcha usted antes de que venga papà?

Ague. Es preciso; la ofrecí ir hoy sin falta. (Poniéndose la mantilla) Pero pronto estaré de vuelta. Al paso recogeré unas muestras de tela que he encargado. Conque, hasta luego. (Medio mutis) ¡Ah! Ponte à bordar; à ver si cuando yo vuelva tienes eso concluido. Adios. (Dirigiéndose al foro.)

Sole. Vaya usted con Dios.

Ague. (Tropezando con Felipe que entra) ¡Jesús, hombre!

ESCENA V.

DICHOS.—FELIPE

Sole. ¡Ah! ya està aquí papà.

Felipe (Incomodado) ¡Si, ya estoy aquí! ¡Lo que à mi me ocurre no le ocurre à nadie en el mundo!

Ague. ¿Vienes de mal talante? Pues adios. (Medio mutis foro)

Felipe Espera, Agueda, espera.

Ague. (Deteniéndose) ¿Qué te pasa?

Felipe Una cosa muy desagradable.

Ague. Vamos à ver ¿qué es ello?

Felipe — Ya sabes que esta mañana me avisaron para asistir à un parto...

Ague. — (Interrumpiéndole) Soledad, al gabinete à continuar la labor.

Sole. — Voy mamà. (Se levanta y coje el bastidor)

Ague. — La niña no debe oir ciertas conversaciones. Prosigue.

ESCENA VI.

AGUEDA, FELIPE

Felipe — Pues bien, fuí y...

Ague. — No sigas; ya està todo comprendido. Has dado à la paciente pasaporte para el otro mundo. Era de temer.

Felipe — No tal, esa señora vive afortunadamente.

Ague. — Entonces has matado à la criatura.

Felipe — Tampoco, Agueda, tampoco. Lo que à mi me ocurre es mucho màs grave.

Ague. — Eres médico, y no te creo. Tu has matado à alguien. ¡No me lo ocultes, Felipe!

Felipe — Repito que nò.

Ague. — (Observàndole) Entonces ¿ese temblor convulsivo, esa palidez?...

Felipe — ¿Dejaràs que me esplique?

Ague. — Habla.

Felipe — Llegué à casa de la enferma en el crítico instante en que se iniciaban los dolores del alumbramiento; la asistí con el esmero que caso tal requiere, y, à los pocos minutos, efectuò con toda felicidad su *debut* en el mundo, un niño hermoso como unas pascuas y màs pesado que un ternero.

Ague. — Pesar es.

Felipe — Bueno; mas pesado que tú, que sueles ponerte bastante pesada. Déjame hablar.

Ague. — Adelante.

Felipe El peligro habia desaparecido; por lo tanto, receté y salí à la calle.

Ague. Al salir tú fué cuando desapareció el peligro. Continua.

Felipe. Como se me habia hecho tarde para la visita que diariamente hago à ese señor que tiene la nube en el ojo derecho, y que, dicho sea de paso, es una nube que amenaza convertirse en chaparròn, iba por la calle de Alcalà, á un paso que solo se hubiera podido comparar al galopar de un caballo.

Ague. Lo creo.

Felipe. En mi ciega carrera voy tropezando con todo lo que se me pone por delante. Los transeuntes me toman sin duda por un loco y me abren paso. No así un señor que camina en direcciòn opuesta â la mia y con la misma velocidad que yò. Consecuencia: nos chocamos y caemos ambos à dos al suelo, en virtud de esa ley fisica que dice »dos fuerzas iguales y contrarias...»

Ague. Miden el suelo con las costillas.

Felipe Lo mismo da. Resultado, se levanta, me levanto; me da una bofetada...

Ague. Y tú ¡zàs! le presentas el otro carrillo para que te lo iguale.

Felipe. No; yo le atizo un puñetazo, quitàndole la señal de las narices.

Ague. ¡Caramba!

Felipe Cambiamos las targetas, y mi antagonista me grita en tono fiero:—¡Esta tarde no saldré de mi casa!—A lo cual le contesto de igual manera:—¡Ni yo tampoco!—Y héme aquí ya en visperas de un desafio.

Ague. ¡Jesus, Jesus y Jesus! Eso era lo único que nos faltaba. Un desafio.

Felipe. Y que debe ser à muerte.

Ague. Peor que peor, y por lo mismo hay que evitar-

lo à todo trance. ¿Tu matar à mano armada? ¡Imposible! Bastante tiene el mundo con tus recetas.

Felipe. Tienes razòn, Agueda, tienes razòn.

Ague. ¿Y si, por el contrario, fueses tu el muerto? ¡qué desgracia tan grande para nosotras!

Felipe. No; rectifica: ¡qué desgracia tan grande para mí!

Ague. (En tono lastimero) ¡Felipe! ¡Felipe! ¡No me dejes viuda!

Felipe. Hija, no tengo tan mal gusto; pero si no hay mas remedio.....

Ague. Cuando no quiere uno, dos no regañan.

Felipe. Pues, mira, entonces yo soy ese uno.

Ague. ¿Quién es el ofendido?

Felipe. Eso no tiene duda: él; pòrque dejar chato à un hombre es la ofensa mayor que puede inferírsele.

Ague. Es verdad; él es el ofendido, y esta circunstancia agrava el asunto. Pero no hay màs remedio que ver la manera de arreglarlo. Mira, yo voy á casa de Matilde; ya sabes que su marido es coronel retirado, le contaré lo que ocurre, y él nos aconsejarà. Ha tenido varios duelos, de modo que bien puede estar pràctico en la materia.

Felipe. Ya lo creo.

Ague. Por mas que lo mejor sería, si no estuviese mal visto, que yo fuera à entenderme con tu contrario, y le hablase al alma. Pórque ¿supongo que estaràs dispuesto à dar toda clase de satisfacciones?...

Felipe Completamente. Como también à sufragar los gastos que ocasione revocar la *fachada* de su individuo.

Ague. ¡Ah! pero de todos modos no iria, pòrque me conozco y, si tropezaba con un grosero, ¡sacaría las uñas y...!

Felipe — Con esa argumentaciòn le convencias enseguida.

Ague. — Bueno; hasta luego. El coronel nos dirà lo que debemos hacer. ¡Hay dias que no debieran amanecer! (Medio mutis foro)

Felipe — ¡Ah! oye.

Ague. — (Deteniéndose) ¿Qué quieres?

Felipe — Con estas peripecias olvidaba darte un telegrama que me entregaron al salir.

Ague. — ¿Un telegrama? ¿Quizà de mi hermano?

Felipe — Sí. Toma. (Le dá un telegrama que saca del bolsillo.)

Ague. — Dirà que viene...

Felipe — Precisamente.

Ague. — (Leyendo) «Llegué à Càdiz sin novedad. Salgo hoy para esa.—*Fausto.*» Tiene fecha de ayer, pero no dice en que tren sale...

Felipe — De lo cual se deduce que, si viene en el correo, ha llegado à Madrid hace ya horas.

Ague. — ¿Y por qué no ha avisado con màs anticipaciòn? ¿Por qué no ha venido ya à casa? ¿Por qué, dí!

Felipe — ¡Yo que sé, hija!

Ague. — Tú debiste ir inmediatamente à la estación.

Felipe — Eso es. Y la del parto que hubiera suspendido por hoy sus funciones. ¡Qué cosas tienes!

Ague. — ¡Tu si que tienes cosas de à ochavo! ¡Por tu culpa estarà mi hermano en alguna fonducha de mala muerte.

Felipe — Mujer, reflexiona...

Ague — Si; ya sé que tienes la vida amenazada. ¡Por eso no te doy un disgusto!

Felipe — Gracias.

Ague. — Si viniera Fausto antes de que yo vuelva, dile à lo que he salido, y que espere. Estaré aquí enseguida. ¡Dios mio, que contraste entre las dos noticias! (Mutis por el foro).

ESCENA VII

FELIPE

Anda con Dios, mujer, anda con Dios. (Pequeña pausa). Pues, señor, bueno; la cosa està que arde. Mi esposa por un lado, y el desafio por otro, son causas suficientes para inquietar al hombre mas valiente, y, dicho sea de paso, yo no soy ese hombre... Ni mucho menos. Lo que yo siento en estos momentos, con respecto al desafío, es una cosa muy parecida... à lo contrario de valor, y que, repartida entre diez, aún tocàbamos à mucho... (Pequeña páusa) ¡Y qué un ser tan pacífico como yo se vea expuesto à estos percances!... Y todo ¿por qué? Por un simple achuchón y un golpe en... el òrgano del olfato. Y à esto se le llama un lance de honor... De donde se deduce que los hombres tenemos el honor en las narices. (Saca una tarjeta del bolsillo). Aquí està la tarjeta de mi contrario. (Lee) «*Judas Polvorilla*». Esto de *Polvorilla* huele á chamusquina. Y la calle en que vive es también para animar à cualquiera. (Vuelve á leer) «Espada, 7.» ¡Maldita fatalidad! Bonito papel haria yo frente à mi adversario con un sable ó una pistola en la mano... Y, por añadidura, en mangas de camisa, ¡expuestoà coger un constipado! ¡Ea, que no se bate el hijo de mi madre! En último extremo, si el Sr. Polvorilla se empeña en llevar à efecto el duelo, yo le propondré otra forma màs còmoda y mas legal para verificarlo. Se confeccionan dos pildoritas: una de acido prúsico y otra de pan. Llega el crítico instante; se toma él la de acido prúsico y yo la otra, y *laus deo*. (Suena la campanilla). ¡Caracoles!... Han llamado... ¿Seràn los padrinos de Polvorilla?... Tengo un mal presentimiento. Ea... valor. (Tose fuerte y se pone á dar paseos).

ESCENA VIII

FELIPE.—LUCAS.

Lucas. (Desde el foro) ¿Don Felipe Gomez?

Felipe. Muy señor mio... ¡digo! servidor de usted...

Lucas. (Adelantándose) Yo venía...

Felipe. Tome usted asiento.

Lucas. Gracias. (Se sientan muy próximos uno de otro) (Parece muy amable.)

Felipe. ¿Conque, usted venia... verdad?

Lucas. Si, señor, venía... Ya supongo que conocerà usted el objeto de mi visita.

Felipe. Completamente. (¡Ciertas eran mis sospechas!)

Lucas. Ahora bien; las cosas han variado mucho desde hace un rato, y yo vengo à traer una mala noticia, una nueva infausta, si así puede llamarse.

Felipe. Sí, señor; ¡muy infausta!

Lucas. ¡Còmo! ¿Sabe usted?...

Felipe. Todo, caballero, todo. Y creame usted; si yo no hubiese pasado esta mañana por la calle de Alcalà, no se hubiera perdido nada.

Lucas. (¿Qué se habrà perdido esta mañana en la calle de Alcalà?)

Felipe. Hay momentos en la vida en los que no sabe uno darse cuenta de lo que hace. La fatalidad caballero; ¡no hay nada tan fatal como la fatalidad!

Lucas. No digo lo contrario. Pues yo...

Felipe. Si; su misiòn es muy delicada, lo comprendo; pero cumple usted con su deber al hacerse cargo de ella.

Lucas. Ya ve usted; yo he obrado de buena fé y creyendo ser el único en este asunto; pero *La Gaceta*, ¡la picara *Gaceta* tiene la culpa de lo que hoy ocurre!

Felipe. (¡Se ha ocupado *La Gaceta*!)

Lucas. Por ella hay ya quien disputa mis derechos.

Felipe. Es natural; en estos casos siempre son dos.

Lucas. ¿Dos qué?

Felipe. Dos padrinos. Pórque supongo que usted vendrà con carácter de padrino...

Lucas. (Riendo) No, señor. (¡Qué bromista!) Yo aspiro à màs.

Felipe. (¡Caracoles!)

Lucas. (Dándole una palmada en la rodilla) ¡Aspiro à otra cosa de màs importancia!

Felipe. Si... Comprendido... Usted tambien quiere..,. (Sonido general y ademán de pinchar).

Lucas. Justo; yo quiero... (Idem) Ja, jà. ¡Tiene gracia!

Felipe. (Maldita la que yo le encuentro.)

Lucas. Pues, francamente; yo creí que usted se opondría al saber el nuevo sesgo que ha tomado el asunto.

Felipe. Y, realmente, debo oponerme, pórque entre usted y yo no ha ocurrido nada de particular.

Lucas. Precisamente por eso no debe usted oponerse.

Felipe. No veo la consecuencia.

Lucas. ¿Crée usted que tengo yo la culpa de no conocer à mi escasa familia?

Felipe. ¿Y crée usted que la tengo yo, acaso?

Lucas. No digo eso. Pero tenga usted en cuenta que yo ignoraba la existencia de otros parientes, y ahora resulta que hay tres más con los mismos derechos.

Felipe. (Con miedo) ¿De modo que... los tres quieren...?

Lucas. Lo mismo que yo.

Felipe. (¡Cinco desafios!)

Lucas. Y comprenderà usted que, si en efecto son parientes, habrà que repartirlo entre todos.

Felipe. (¡Nada! ¡Quieren descuartizarme!)

Lucas. Lo que à mi me corresponde es muy poco; pero, como usted puede suponer, no he de estarme con los brazos cruzados, y trabajaré por

mi parte lo que pueda.

Felipe. Ya lo supongo. (¡Qué bàrbaro!)

Lucas. Conque, de usted depende mi felicidad.

Felipe. (¡Y le llama felicidad!)

Lucas. ¿Accede usted?

Felipe. ¡Un demonio! (Se levanta)

Lucas. ¡Como! (Idem)

Felipe. ¡Qué me opongo abiertamente à tamaño desaguisado!

Lucas. ¿De manera, qué no me caso?

Felipe. ¡Y á mi que me importa que se case V. ò no.

Lucas. Es que si V. no dá su consentimiento no podemos matrimoniar.

Felipe. Si yo doy mi... Vamos, vamos; me parece que tiene V. ganas de broma.

Lucas. Pero, entendámonos: ¿no es usted el padre?

Felipe. ¿Padre de quién?

Lucas. ¿De quién ha de ser? De Soledad.

Felipe. ¡Ah! si, señor. Por muchos años, y usted que lo vea.

Lucas. Pues, entónces...

Felipe. ¿De modo que usted?... Vamos por partes, joven, vamos por partes. ¿Usted no viene á...?

Lucas. A lo que yo vengo debiera ya habérselo dicho su señora; pero voy viendo que no es así.

Felipe. Según eso, no tiene nada que ver con el asunto Polvorilla?

Lucas. Ignoro tal cosa por completo. Mi visita se reduce á pedir á usted la mano de Soledad. He hablado ya con su señora esposa sobre la cuestiòn,y me encargò viniese á verle. Ahora déme usted su contestaciòn.

Felipe. Mi contestación es que me ha quitado usted un peso enorme de encima, y que, por mí, ¡ojala fuese usted hoy mismo esposo de mi hija! (Un yerno en esta ocasiòn no vendria mal).

Lucas. Según eso ¿ya puedo casarme?...

Felipe. (¡Qué idea!) ¿Usted quiere á Soledad?

Lucas. Con el alma y la vida.
Felipe Pues bien; pruebe usted ese cariño, y se casa con ella.
Lucas. Hable usted; ya estoy casado.
Felipe ¡Còmo se entiende!
Lucas. Digo que me ponga usted à prueba en la seguridad de que saldré triunfante.
Felipe Bueno; pues sepa usted que yo tengo un desafio.
Lucas. ¡Cascabeles!
Felipe Y desearia...
Lucas. ¿Qué fuese yo su padrino? Aceptado.
Felipe Nada de eso. Lo que yo quiero es que con el pretexto de que estoy enfermo, y á título de futuro yerno, haga usted suya la ofensa y se bata por mí.
Lucas. ¡Cascabelitos! Pide usted demasiado...
Felipe. Solo à ese precio le doy a usted mi hija.
Lucas. ¿Y si en el desafio me saltan un ojo?
Felipe. Se queda usted tuerto.
Lucas. ¡Eso es! Pues no acepto.
Felipe. Entònces tampoco hay matrimonio.
Lucas. Es que...
Felipe. ¡El hombre que ama no retrocede ante el miserable escrúpulo de un ojo!
Lucas. Reflexione usted que también pueden matarme.
Felipe. En ese caso mi hija se unirà á usted *in artículo mortis.*
Lucas. Gracias, prefiero dejarla soltera.
Felipe. Poco valor tiene usted, jòven.
Lucas. Usted serà muy valiente, pero quiere endorsame el desafío.
Felipe ¿No hay modo de entendernos?
Lucas. Por ese camino me parece que no. Pida usted otra cosa màs equitativa, y tal vez.
Felipe. Discurramos algún medio.
Lucas. Discurramos.

Felipe ¿Esta usted decidido á ayudarme?
Lucas. Eso desde luego.
Felipe. No, no; desde ahora mismo.
Lucas. Si, señor.
Felipe. Pues, siéntese usted y escriba.
Lucas. (Sentándose junto al velador) Escribo.
Felipe. (Dictando) «Sr. D. Judas Polvorilla.»
Lucas. (Escribiendo) «Polvorilla.»
Felipe. «Muy Sr. mio: Dos puntos...»
Lucas. Ya lo sé.
Felipe. ¿Lo sabe usted?
Lucas. Es natural.
Felipe. ¡Gran penetración! Pues siga usted.
Lucas. (Leyendo lo escrito) «Muy Sr. mio:»
Felipe. «Dos puntos...»
Lucas. ¿Otros dos?
Felipe. Ah. Creí que no habia usted escrito. (Dictando) «... de la mayor importancia y trascendencia para mí...»
Lucas. (Leyendo) «Muy Sr. mio: De la mayor importancia y...»
Felipe. Al fin se comiò usted los dos puntos.
Lucas. No, señor; mírelos usted. (Le enseña la carta)
Felipe. ¡Por Dios, jòven; sino hablo de puntos de sintàxis! Lo que digo es una frase: «dos puntos de la mayor importancia y trascendencia para mí...»
Lucas. Acabàramos.
Felipe. Coja usted otro pliego. (Lucas coge papel y escribe nuevamente).
Lucas. «...para mí.» (Pausa)
Felipe. «Son los que motivan la presente epístola...» A ver si se merienda usted la *é* y pone *pistola.*
Lucas. «... epístola.»
Felipe. «Primero: que no quiero exponerme á que usted me mate pórque soy padre de familia.»
Lucas. «... por *queso* y padre de familia.»
Felipe. «Y segundo: que tampoco quiero exponerme

à matarlo à usted, pòrque tendría muchos remordimientos.»

Lucas. Ya està.

Felipe. «Reciba usted todas las satisfacciones habidas y por haber, y queda à sus òrdenes, etc.»

Lucas. Firme usted.

Felipe. Pondré yo mismo el sobre (Mete la carta en el sobre y escribe) «Besa la mano al Sr. D. Judas Polvorilla, su seguro servidor. F. G. Perfectamente.

Lucas. ¿No la cierra usted?

Felipe. No, pòrque va à ser usted mismo quien la lleve. Tome V., Espada, 7 (Le da la carta)

Lucas. ¡Cascabeles!, ¿yo?...

Felipe. ¿Acaso tiene usted miedo?

Lucas. ¿Miedo yo? ¡Si respiró valor por los poros! ¡Berrr! (La dejaré en la porteria.)

Felipe. Bien; ya sabe usted que hay que impedir el duelo à todo trance. Sea usted enérgico y el recuerdo de Soledad le darà à usted ànimo.

Lucas. No diga usted mas ¡Voy ahora mismo à entenderme con la portera! ¡Digo! Con el Señor Polvorilla.

Felipe. ¡Eso! ¡Decisiòn!

Lucas. ¡En este momento no tendria bastante con media docena de Judas!

Felipe. ¡Bravo, jòven!

Lucas. Hasta pronto. (Le da la mano)

Felipe. Vaya usted con Dios.

Lucas. (Dirigiéndose al foro) ¡¡Me lo como!! (Suena la campanilla; Lucas al oirla retrocede temblando) Creo... que han... llamado...

Felipe. (Temblando también) Si... Han... llamado...

Lucas ¿Serà... Po... Polvorilla?...

Felipe. Es posible... (Vivo) y por lo mismo no conviene mi presencia aquí. (Intenta marharse; Lucas le detiene por un brazo)

Lucas. Al contrario; es conveniente, pòrque...

Felipe. No; de ninguna manera. Yo me conozco bien, (Muy dramático) ¡y en un instante de cólera!... (Transición.) sería capaz de salir à buscar una pareja.

Lucas. (Volviendo la cabeza con recelo) Yo tambien me conozco y...(Vuelve á sonar la campanilla)

Felipe. Bueno; ¡hasta luego! (Vase precipitadamente por primera izquierda aprovechando el descuido de Lucas)

Lucas. ¡Eh! ¡Don Felipe! (Corre tras él, llegando á la puerta en el momento en que se oye cerrar con llave por dentro.) ¡Don Felipe! (Golpea en la puerta) ¡Haga usted el favor!

ESCENA IX

LUCAS.—FAUSTO

Fausto (Desde el foro) ¿Se puede?

Lucas. (¡*Tableau*!)

Fausto ¿Don Felipe Gomez?

Lucas. Ade... Ade... Adelante.

Fausto (¿Quién será este sugeto?)

Lucas. ¡Cascabeles, como me tiemblan las piernas!)

Fausto ¿Sabria usted decirme si está Don Felipe?

Lucas. (Tengamos valor) Pues... Don Felipe no està... Es decir, sí està... Pero no puede salir...

Fausto Anunciàndole mi visita, estoy seguro de lo contrario. Si es usted de la casa, tenga la bondad de decirle que està aquí su...

Lucas. Sí, si lo sabe perfectamente... Y, precisamente por eso, no sale...

Fausto ¿Lo sabe y no sale?... (Es raro.) En ese caso, y si tan ocupadò està Don Felipe, puede usted avisar à su señora, ò à su hija...

Lucas. ¡Eso sí que no, cascabeles! ¡Antes pasaria usted por encima de mi cadàver!

Fausto (¿Qué dice este monigote?)

Lucas. (Con asombro) (¡No me ha pegado!)

Fausto (Vaya, lo mejor serà esperar, pòrque este tipo...) (Se sienta.)

Lucas. (¡Y se sienta sin permiso!)

Fausto (Sacando un cigarro) (Pues, señor, no deja de extrañarme que, sabiendo mi llegada, no haya salido nadie à recibirme... (Enciende el cigarro.)

Lucas. (Este es el momento de cumplir mi comisiòn.) Caballero... (Fausto vuelve la cabeza, y Lucas retrocede dos pasos.) Caballero... (Se arrodilla á cierta distancia de Fausto) ¡Por todos los santos de la corte celestial, renuncie usted al desafío!

Fausto (¿El desafío?)

Lucas. ¡Sinó por don Felipe, por mí, Sr. Polvorilla!

Fausto (¿Eh?)

Lucas. ¡Por mí que quiero con entrañable amor á su hija!

Fausto (¿Estará loco este hombre?)

Lucas. (Levantándose) Aquí tiene usted una carta de Don Felipe, en la que le dà mil satisfacciones. (Le dá la carta.) ¡Sea usted compasivo!

Fausto (Mirando el sobre) (¡La letra de mi cuñado!... ¿Qué significa esto? No està cerrada... Sepamos.) (La abre y lee.)

Lucas. (¡Santa Rita, abogada de los imposibles, arregla este negocio!)

Fausto (¡Còmo! ¿Felipe tiene un duelo?... ¡Cosa màs rara! Pero él no quiere batirse, y es preciso que esta carta llegue à su destino...) (Guarda la carta y se levanta.)

Lucas. (¡Mal gesto pone!)

Fausto (Tratemos de arreglar percance tan inverosímil.) (Coge el sombrero.)

Lucas. (¿Qué dirá entre dientes?)

Fausto Beso à usted la mano. (Váse foro.)

ESCENA X.

LUCAS

¡Oh, felicidad! ¡Renuncia à batirse!... Pues ahora me toca á mí ser valiente. (Se acerca al foro y mira para convencerse de que se ha ido Fausto. Vuelve y, dando vueltas por la escena, grita:) ¡Infame! ¡Mal caballero! (Se acerca á la puerta por donde entró Felipe y, dando á entender que quiere que este le oiga, exclama:) ¡No se batirà usted con Don Felipe, sinò conmigo! (Vuelve á dar paseos) ¡Esta misma tarde nos batiremos!... ¡Vaya usted con Dios! (Golpeando en la puerta de Felipe:) ¡Don Felipe! ¡Don Felipe! ¡Ya puede usted salir!

ESCENA XI

LUCAS.—SOLEDAD, FELIPE

Sole. ¡Dios mio, que escàndalo es este? (Viendo á Lucas) ¡Ay! Lucas...

Lucas. (Dramático) ¡Si; soy tu Lucas! ¡El salvador de tu padre!

Felipe. (Tembloroso) Jóven... Jòven... ¡Todo lo he escuchado! (Abrazándolo) ¡Gracias!

Lucas. He cumplido con mi deber.

Felipe. Yo, en prueba de gratitud, desde ahora le concedo la mano de Soledad.

Sole. (¡Que alegria!)

Lucas. ¡Cascabeles, que gusto!

Felipe. Si, señor Cascabeles...

Lucas. Lucas Perez, servidor.

Felipe. Bien; Perez, hijo mio, ¡abraza à tu mujer!

Lucas. ¿Qué la abrace? ¡Con mil amores! (La abraza)

(¡Algo se pesca!) ¡Monona! (Continua abrazando á Soledad repetidas veces.)

Felipe. (¡Quién sabe si ese abrazo serà el último!) (Reparando en ellos) ¡Eh! Bueno, bueno; ya hay bastante. A ver si con... las glorias (Ademán de abrazar) se olvidaban las memorias.

Lucas. Descuide usted. He dado una palabra, y voy ahora mismo à cumplirla. Hasta luego, don Felipe. Adios... (A Soledad) ¡preciosa! (Váse foro)

Sole. Adios.

Felipe. Vaya usted con Dios, joven, y que él le proteja. ¡Al fin puedo respirar con tranquilidad!

ESCENA XII

SOLEDAD, FELIPE

Soledad. Pero ¿se puede saber á donde và Lucas y que es lo que aquí ha pasado?

Felipe. Lo que aquí ha pasado es una cosa muy grave... y que tú debes ignorar.

Soledad. Dígamelo usted.

Felipe. (¡Pobrecilla! ¡Sabe Dios si se quedarà viuda antes de casarse!)

Soledad. Vamos, papà...

Felipe. Pues bien; puesto que lo quieres... (Entra Agueda). Pero, mira, ya està aquí tu madre; luego te lo contaré.

ESCENA XIII.

DICHOS.—AGUEDA

Agueda. (Quitándose la mantilla) Al fin se arreglò todo.

Felipe. Enhorabuena.

Agueda. El coronel me ha dado instrucciones. No tienes màs soluciòn que batirte.

Felipe. (Pues ya escampa.)

Agueda. Dice que tu honor està manchado.

Felipe. Buen remedio: se le dá á la lavandera.

Agueda. Felipe, esas manchas se lavan solo con sangre. Así lo afirma el coronel, y me ha convencido. Después de todo, la cosa no tiene importancia: un pinchazo y la amputación de un miembro.

Felipe. Nada, como quien dice.

Agueda. Asi, pues, le he asegurado que te batirias.

Felipe. Bueno. ¿Has acabado ya? Pues, para que lo sepas: ¡no me bato!

Agueda. ¡Còmo! ¿Serias capaz de dejarme fea?

Felipe. Te dejo como estás; pero no hay de qué.

Agueda. ¡Felipe!

Felipe. ¡De una vez, Agueda! No me bato, pòrque se vá á batir por mí el prometido de Soledad.

Soledad. ¡Ay, Dios mio, Lucas!

Felipe, El mismo que se casarà contigo en breve.

Soledad. (Llorando) ¡Ay, papà, que ha hecho usted!

Agueda. Calla, niña. (A Felipe) Pues, mira, yo tambien deseaba hablarte de ese asunto; y te aseguro que, sea ò no verdad lo que dices, ese joven no se casarà con Soledad; pues he adquirido algunos informes, de los cuales resulta que ha venido engañàndonos con eso de la herencia, cuando lo que cobra no son mas que cuatro cuartos, como quien dice. Por esta razòn, repito, que no se casarà.

Felipe. Y yo repito que sí, pòrque he dado mi palabra.

Agueda. (Incomodada). ¡Felipe! ¡Felipe! ¡No agotes mi paciencia!

Felipe. Lo dicho. ¡Y, desde hoy, soy yo quien manda aquí! El que lleva los pantalones, ¿entiendes? ¡El cabeza de familia!

Agueda. (Amenazáudole) ¡Mira que te araño, Felipe! (Intenta acomertele, Felipe huye y se coloca detrás de Soledad).

Felipe. Hemos terminado: ese jóven se casarà con So-

ledad, cuando se haya batido.

Agueda. (Furiosa) ¡¡Pues no se casarà, y seràs tú el que se bata!!

ESCENA XIV

DICHOS.—FAUSTO

Fausto. (Entrando). Es inútil; el asunto està terminado.

Agueda. / Felipe. ¡Fausto!

Soledad. ¡Tio! (Todos rodean á Fausto).

Agueda. ¡En qué ocasiòn llegas, hermano mio! ¡Este imbécil...! (Por Felipe).

Fausto. Bien; dejemos à un lado vuestras cuestiones familiares, y sepa Felipe que ya no tiene nada que temer.

Felipe. ¿Qué quieres decir?.... (Se acerca á Fausto)

Fausto. Que tu adversario es un valiente y ha salido hoy mismo de Madrid.

Agueda. Luego ¿tú sabias?...

Fausto. La casualidad me ha hecho conocer este asunto. impulsándome á tratar de arreglarlo; pero, como veis, ha sido innecesario.

Felipe. Gracias, Fausto; te agradezco en el alma la noticia. (Lo abraza).

Soledad. Según eso, ¿Lucas ya no corre peligro, y podré casarme con él?

Felipe. Si, hija.

Agueda. ¡Despacito! Eso serà....

Felipe. ¡Chitòn! Ya te he dicho que desde hoy llevo la voz cantante. Ha habido crísis y èl ministerio ha cambiado. (Agueda hace un gesto de disgusto), ¡Ea! Felices todos.

ESCENA ULTIMA

DICHOS--LUCAS

Lucas. (Entrando sin reparar en Fausto). ¡Albricias, don Felipe, albricias!

Felipe Si; ya sé las nuevas que trae.

Lucas. Llegamos al campo del honor, cruzamos los aceros, y ¡zàs! le asesté una estocada que le hizo caer al suelo sin decir siquiera ¡ay!

Felipe. ¿Si, eh? (Le coge por una oreja). ¿Con qué sin decir siquiera...?

Lucas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Felipe. ¡El octavo no mentir!

Fausto Hay que ser indulgentes.

Lucas. (Viendo á Fausto) (¡Polvorilla!...)

Felipe. De todos modos, este jóven merece un castigo por embustero, y lo tendrá.

Ague. Eso es; ¡qué no se case!

Felipe. Al contrario; que se case. ¿Te parece pequeño el castigo?

Fausto Yo seré padrino...

Felipe. (Asustado) ¡Eh!...

Fausto De la boda.

Lucas. (¡Oh, dicha!)

Fausto Y doto á Soledad en ocho mil duros

Sole.
Felipe
Lucas. } ¡Ocho mil duros!

Ague. A condiciòn...

Felipe ¡Silencio!

Ague. Es que...

Felipe (Agitando la campanilla que habrá sobre el velador:) ¡Silencio he dicho! Repito que ha cambiado el ministerio, y tu política doméstica ya no sirve. Nuevas carteras: tu, Fausto, vienes

de Buenos-Aires, pues la de *Ultramar*. Usted, jòven, va á casarse, pues *Estado*. Soledad, si ha de parecerse á su madre, dos carteras: *Gobernación*... y *Guerra*. Y yo las restantes, incluso la de *Marina*. (A Agueda) Conque ¡cuidadito con tocarme á la marina!

Ague. ¿Y yo? ¿Es que yo no toco pito?

Felipe Tu... hujier del congreso.

AL PÚBLICO

Si te ha gustado el juguete,
danos tu voto imparcial,
y sanciona el gabinete
por sufragio universal.

TELÒN.

NOTA

Al representarse esta obra en el Teatro-Circo, de Cartagena, en Diciembre de 1892, tuvo el siguiente

REPARTO

Agueda.	Sra. Brieva.
Soledad.	» Roca.
Felipe.	Sr. Infante.
Lucas...	» Soto.
Fausto..	» Gomez.

El autor se complace en hacer pùblico su agradecimiento hácia tan apreciables artistas por la cariñosa acogida que dispensaron á este juguete, y hácia los Sres. Mora, empresario, y Vega, director, por el interés y buen deseo que en todo caso demostraron hácia

El Autor

PUNTOS DE VENTA

En las principales librerías y en casa del EDITOR D. Florencio Fiscowich, (Sucesor de hijos de A. Gullón), Pez, 40, oficinas, Pozas, 2, 2.º